

DON PEDRO MUDARRA DE AVELLANEDA

Entre los poetas que elogiaron al jurado Juan Rufo en los preliminares de las *Seiscientas apotegmas*, figura en primer lugar don Pedro Mudarra de Avellaneda con una octava y dos quintillas (1). Siguen después, cada uno con su soneto, el doctor Gregorio de Angulo, el contador Hernando de Soto, don Philipe Doria, Luis Gaytán y Juan de Quirós y Toledo.

(1) *Las Seiscientas Apotegmas de Juan Rufo* y otras obras en verso...—Toledo, Pedro Rodríguez, 1596.

La Sociedad de Bibliófilos Españoles ha publicado la segunda edición de este curiosísimo libro en el pasado año de 1923, con un notable estudio del laureado escritor don Agustín G. de Amezúa.

He aquí los versos de Mudarra: Don Pedro Mudarra de Avellaneda al jurado Juan Rufo:

“Recibe, España, con materno celo
de tu Rufo el feliz fruto doblado;
honra este nuevo cherubín del suelo
con inmortal erudición honrado.
No le mal logrés, que ha jurado el Cielo
no volvernos a dar igual jurado;
antes por gloria de uno y otro polo,
escoge a Rufo por primero y solo.”

Del mismo, en alabanza del autor:

“Para coronista digno
de vuestros altos conceptos,
otro que vos no convino,
pues tan divinos sujetos
piden escritor divino.
Porque tan alto subís,
tanto levantáis al Cielo
cualquier cosa que decís,
que sólo alcanza su vuelo
la pluma con que escribís.”

El doctor Gregorio de Angulo y el contador Hernando de Soto, amigos de Lope de Vega, son bien conocidos por los eruditos.

A Luis Gaytán de Vozmediano se le conoce como traductor de las novelas de Giraldo Cintio y el jurado de Toledo, Juan de Quirós es el autor de la *Comedia toledana* o *La famosa toledana*.

Del poeta don Philipe Doria no tengo noticia alguna, y en cuanto a don Pedro Mudarra, ahora por segunda vez se intenta incorporar su nombre a las listas de poetas españoles que florecieron en los siglos xvi y xvii.

En dos números sucesivos de la *Revista de Madrid*, correspondientes a diciembre de 1881 y a enero de 1882, publicó don Manuel Cañete sendos artículos con este título: "Los *Tetrásticos* o epigramas de cuatro versos del eruditísimo varón San Gregorio Nacianceno, llamado por excelencia El Teólogo, traducidos del griego en octava rima castellana por don Pedro Mudarra de Avellaneda, poeta desconocido del siglo xvi (1)."

Examinó, y copió en parte, en la biblioteca de su amigo el señor Duque de Frías, el señor Cañete, dos manuscritos que contenían algunas obras de Mudarra, y entusiasmado con el descubrimiento de un nuevo poeta, no se le coció el pan hasta dárselo a conocer al público literario. Escribió sus artículos con el principal objeto, a lo que parece, de atraer la atención de los doctos sobre el personaje, prometiéndose volver más despacio sobre el asunto. "No me detendré a bosquejar la biografía del que tan sabiamente y con tan delicado gusto supo interpretar o parafrasear, en bien compuestas octavas, los nutridos conceptos del admirable orador y poeta cristiano del cuarto siglo. Trabajo es éste que preparo con mayor detenimiento y que saldrá a luz en su día." Este día no llegó, sin duda porque Cañete no pudo reunir los materiales que esperaba. Con esta esperanza en la obra perfecta, no se cuidó de recoger los datos, pocos, pero seguros, que ofrecen los escritos del autor y descuidó, no solamente su análisis detenido, sino hasta el mencionarlos todos.

La traducción de los *Tetrásticos* de San Gregorio, con las *Anotaciones*, *El Paulo convertido* y una *Exhortación* a los Hermanos de la Orden Tercera de San Francisco, son los únicos

(1) *Revista de Madrid*, II, pág. 551, y III, pág. 13.

escritos de Mudarra que se citan en estos dos artículos, que por otra parte disertan con extensión de la vida y virtudes de San Gregorio y del contenido moral de los *Tetrásticos*, con alusiones satíricas a las costumbres modernas, más merecedoras que las del siglo iv, en opinión del articulista, de las censuras y castigos del Santo.

Sin pararme ahora en estos elevados aspectos de la producción de Mudarra, entre otras razones porque no había de tratarlos tan bien como Cañete, he de limitar mi tarea a dar a conocer todos los escritos del autor contenidos en los dos tomos manuscritos que fueron del Duque de Frías y que hoy se conservan en la Biblioteca de Menéndez y Pelayo.

De la atenta lectura de estos escritos se pueden recoger unas cuantas noticias que ofrecen algún interés para la historia literaria y sobre todo para el conocimiento del autor.

La primera obra de Mudarra que trae uno de estos manuscritos (1) se titula *Los cuadros poéticos de don Pedro Mudarra de Avellaneda*. Son estos cuadros ciento catorce composiciones, que habían de ir ilustradas con otras tantas láminas a la manera de los Emblemas de Alciato o de Horozco, encabezadas con una frase latina o griega —opes, non animum: superanda ferendo: *ὄπιον καὶ Μουσῆας ὄρου* — o simplemente con un título en castellano.

A falta del dibujo, tiene cada uno de los cuadros una breve explicación de lo que aquél había de representar, y que sólo en tres o cuatro huecos una torpísima mano se atrevió a interpretarlo gráficamente. Vienen después el comentario y la moraleja en verso —quintillas, octavas, sonetos, liras, etc.—, y por último, en cada cuadro, como apéndice, unas breves notas explicativas de términos y alusiones, indicadoras de las fuentes y de los autores que trataron los mismos asuntos, tomados indistintamente de la mitología, de los poetas clásicos, de la his-

(1) Ciento sesenta folios útiles numerados, letra del siglo xvii; 250 × 180 m/m. caja de la escritura 180 × 115 m/m. Encuadernado en pergamino. Port.—Los quadros Poeticos de Don Pedro Mudarra | de Avellaneda. Fol. 1 r. Quadro 1 E. A Eneas sobre unos altos..... folio 117 v. A... (Quadro 114) viéndola tan diversa de su fama —Fol. 118 r. El Paulo Convertido, Poema Heroico, | De don Pedro | Mudarra de | Avellaneda. | Fol. 119 r. Libro Primero del Paulo con | vertido poema heroico de don P.º | Mudarra de Avellaneda | E. Canto el varón a Christo convertido... Fol. 160 v. A... Por los azules campos de Neptuno. Fin del Canto.

toria antigua, de la contemporánea al autor, de una sentencia de Séneca, de una frase de Erasmo o de un apotegma de Plutarco.

Sería vana la pretensión de hallar originalidad en las ideas y en el pensamiento fundamental de estos cuadros, un número más que añadir a la copiosa literatura de aforismos, proverbios, sentencias, emblemas, castigos, documentos y fábulas. Ni era tampoco una novedad en el género ilustrar el texto con dibujos. A pesar de lo cual revelan los *Cuadros poéticos* cualidades estéticas de no escaso valor. El autor, siguiendo un camino trillado, tan expuesto a la monotonía, a la aridez, logra componer cien cuadros agradables y de cierta originalidad en la expresión. Como no malgasta esfuerzo de pensamiento ni de imaginación en inventar argumentos, ni en descubrir ocultas verdades, parece como que concentra sus potencias todas en la composición de la parte plástica, consiguiendo verdaderos aciertos en adaptar los versos a la figura que se imagina dibujada, con cierta transparente ligereza y discreta subordinación, que los libran del empaque solemne, escollo del género.

En el cuadro primero debía venir dibujado Eneas sobre unos altos riscos mirando al mar, cubierto de rotas naves, con esta letra por título: *Opes non animum*, y al pie esta octava:

Desde los riscos lívicos, mirando
sus destrozadas naos el padre Eneas,
y entre las rotas jarcias las preseas
(Teucro tesoro) por el mar nadando,
el generoso espíritu esforzando,
"Juega fortuna, dice, mas no creas
que llevará el raudal de tu violencia,
entre esos falsos bienes, mi paciencia."

En el quinto se dibujaría un *Cupido con un rayo quebrado en la mano*, con este título: *Más poderoso amor que el mismo fuego*. Mudarra glosa:

Quebró el alado ciego
con fuego, el rayo alado,
porque quede probado
si puede más amor, que puede el fuego.

No hay cosa permanente ni segura es el título del cuadro 49, la representación de un soberbísimo edificio y encima el Tiempo amenazándole con su hoz. Para interpretarlo viene después este soneto.

Excelso templo que a la blanca Diosa
besas con mil dorados capiteles,

arcos, fresos, cornisas y linteles,
 sin ser oro, materia más preciosa;
 la bordó el arte y el deseo reposa:
 cuadros admiración del mismo Apeles,
 compuestos y odoríferos planteles
 de España honor, de Arabia afrenta honrosa:
 si bien os lisonjea el tiempo alado,
 (como a octavo milagro), sus mudanzas
 de vuestras piedras sembrarán la arena
 y a vuestra costa, quedará enseñado
 el soberbio a templar sus esperanzas
 y el miserable a consolar su pena.

El breve apéndice que sigue al soneto a manera de ilustración dice: *El título es del primer verso de una estancia de un gallardo poeta español que halló su Parnaso entre las minas del Perú. El templo es bien conocido por las señas, pues de pocos o ninguno en Europa se pueden dar de tanta grandeza y majestad.* La alusión al gallardo poeta español y otras alusiones a escritores españoles y extranjeros en los apéndices de otros cuadros, nos ayudan a fechar aproximadamente este libro. De los españoles cita a López de Ayala, Juan de Mena, Garcilaso, Horozco y Covarrubias, Argote de Molina, Arias Montano, Juan de Barros, Mariana, San Román, Pisa el historiador de Toledo y Francisco de la Cueva. De éste copia Mudarra en el cuadro 4.º el primer verso de su soneto a Porcia:

Porcia después que del famoso bruto...

Como es sabido, se publicó este soneto en las *Flores de poetas ilustres*, de Pedro de Espinosa, que salieron a luz en el año 1605. En este mismo año se imprimió la *Historia de Toledo*, de Pisa, y posterior, por tanto, a 1605 ha de ser la composición de los cuadros. Todavía puede adelantarse unos años más, hasta pasado el de 1608, si el gallardo poeta español que halló su Parnaso entre las minas del Perú es Diego Mejía, que hizo imprimir en Sevilla con esta fecha su *Parnaso Antártico*.

Para el cuadro 43 —a la imagen de los casados— imaginó Mudarra la figura de los andróginos, y como apéndice al soneto en que la explica y comenta escribe este párrafo, que ofrezco a la diligencia y sabiduría de los eruditos:

“La fábula de los andróginos trató Platón gentilmente en el simposio o diálogo del amor y en nuestra lengua la moraliza harto bien el autor de aquel diálogo que se intitula *Dorida*; libro que sólo por ser nuestro no estimamos. Lástima grande.”

A continuación de los cuadros viene, en el manuscrito, el poema heroico de Mudarra titulado el *Paulo convertido*. En seis libros o cantos y en trescientas veintitrés octavas, canta el autor la conversión de San Pablo. En el libro primero nos presenta al mozo de gentil semblante,

Saulo de nombre, de nación hebreo,

guardando las capas de los que apedrean a San Esteban, regocijado con la crueldad de los verdugos; el viaje a Damasco; la caída y ceguera del jinete, mientras

El caballo aturdido y deslumbrado
súbite el suelo con el pecho besa,
tasca furioso el áspero bocado,
hiere con la cerdosa cola aprieta,
tiembla, cubierto de un sudor helado,
baña el duro cañón de espuma espesa,
y con resuello frío y presuroso
en torno barre el sitio polvoroso.

Siguen la increpación de Dios y el sometimiento de Paulo y acaba el libro con la entrada en Damasco del futuro Apóstol,

el cuerpo ciego, el alma iluminada,

y con el regocijo de los bienaventurados por la nueva conversión, celebrada con extraordinario fausto, descrito en bellas octavas. El libro segundo cuenta la entrevista de Pablo con Ananías, el cual

Las manos consagradas
poniendo el santo sobre el santo ciego,
escamas en los ojos congeladas
cayeron de los mismos ojos luego.

Bautízale después y le administra el pan de vida; confortado con él empieza Pablo su predicación por calles, plazas y sinagogas, y lleva la zozobra y la agitación al ánimo de los gentiles y judíos.

Lo que fué alegría en el Cielo es rabia y espanto en el Infierno. La conversión de Pablo pone en movimiento a las legiones de Satán, que irrumpen la tierra y soliviantan a los judíos contra el nuevo Apóstol, mientras éste en anticipada recompensa por su futura labor, atraviesa en éxtasis las esferas, llega al Paraíso, contempla y recorre sus moradas y goza la visión de la esencia divina. Abismado en ella le deja el libro tercero y pasa el cuarto a pintar la nostalgia del Apóstol cuando

vuelve a la realidad, a narrar las intrigas y persecuciones que los judíos trama contra él en Damasco y a describir la huida de esta ciudad y la llegada a Jerusalén.

Vencidos por la fuerza de la virtud y con la autoridad del obispo Diego (a quien se le aparece la Iglesia en forma de hermosísima matrona) el recelo y la repugnancia que los fieles sentían de admitir como hermano, a quien hasta aquí fuera enemigo cruel, empieza Pablo sus viajes apostólicos recorriendo el Asia Menor y la parte oriental del Mediterráneo. Con su llegada a Salamina acaba el libro quinto. Todo el sexto no es más que la profecía del Tíber, que se levanta de su lecho helado, coronada la frente

del árbol que regó con llanto tierno
el que rige la esfera más luciente,

vestido con rico manto de estambre y oro matizado con bellas figuras que representan las glorias de Roma. Anuncia el río las nuevas y más puras que ha de darle el Apóstol con la eficacia de sus palabras y doctrina, con su martirio y con su muerte.

Es difícil para nosotros estimar con justicia estos poemas. La entonación grandilocuente, los tópicos a que todos recurren —apariciones, sueños, personificación de los elementos—, la mezcla de la teología más ortodoxa con las fábulas y creaciones mitológicas, todo esto aleja nuestra sensibilidad de los poemas épicos y heroicos de la literatura clásica. Condenar el género por inactual sería injusto, y admitido, puede el *Paulo* de Mudarra ocupar un lugar digno al lado de los otros poemas de su tiempo. Suponiendo, como parece, que es anterior a los *Cuadros*, campea ya en él la imaginación plástica del autor y las descripciones y pinturas —verdaderos cuadros— son las más bellas partes del poema. No es tan feliz en la creación y en la fantasía. Reproducir imágenes concretas que ha podido ver en la realidad, o imitar las escenas o pasajes leídos en autores clásicos, vienen a ser las más fecundas fuentes de su inspiración. Cuando entran en el campo abierto de la erudición clásica aligeran su perezoso paso las octavas, saltan como chispas las metáforas e imágenes, y adquiere el verso una armonía de concertados ecos virgilianos:

Y después que en su barba deshojaron
pajizas y purpúreas clavellinas,
tras el divino Tíber se arrojaron

al fondo de sus cuevas cristalinas.
 Las hondas luego, en alto son, llevaron
 el sacro vaticinio a las marinas,
 y discurrió la nueva, de uno en uno,
 por los azules campos de Neptuno.

Del aío del alma o de la conciencia lleva por título un curioso diálogo filosóficomoral que llena los diez y siete folios primeros del segundo tomo manuscrito de las obras de Mudarra de Avellaneda (1). Son los interlocutores el Cuerpo y el Alma. Desea averiguar el Cuerpo por qué andan siempre tan encontrados sus pareceres y tan reñidos sus gustos. Con desdén severo y con vehemente indignación pondera el Alma su origen divino y la grosera hechura del Cuerpo. *¿Cómo será posible juntar el cielo con la tierra, lo espiritual con lo carnal, el resplandor con la tiniebla?...*

Malicioso y socarrón, el Cuerpo le pregunta: *¿Si estás criada con manjares reales, cómo tantas veces te supieron bien los que se han servido a mi mesa humilde?* Replica el Alma echando toda la culpa de sus concesiones a la antigua y mala compañía del Cuerpo, y reconoce que es tal la fuerza de este íntimo comercio, que sin duda hubiera consentido más a menudo con los deleites corporales, sin el temor de su Aío.

Asómbrase el Cuerpo de la arrogancia, y dice: *Solos los hijos de generosos merecen este linaje de tutela; ¿tú lo eres y así le tienes? Pero dime: ¿Qué Aío es ese y de qué generación?*

Explicar la naturaleza y actividad de la conciencia, contestando de paso las dificultades que al Cuerpo se le ocurren, es la materia de este diálogo, enriquecido, no abrumado, con exquisita erudición clásica y profana, de un lenguaje fluído y castizo y sin amplificaciones enojosas, como puede juzgarse por este párrafo, en el que asoma un poco la intimidad del autor:

“Suelen los muchachos admirar y tener por bienaventurados a los representantes que aparecen en el teatro vestidos y recamados con penachos de varias y bellísimas colores, bailando y tañendo sus vihuelas, y son, en fin, representantes llenos de sarna y mal francés y otros mil ajes, fruta en realidad del oficio cómico, hombres por la mayor parte humildes y des-

(1) Véase la descripción de este manuscrito en el *Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, núm. 21. (*Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*. Año V. Núm. I.)

validos y de vida estragada y que jamás conocen cama ni casa propia. ¿Qué más haces tú que esos muchachos? Juzgas por felices a los que ves reír y holgar, comer y vestir espléndidamente, detenidos los ojos en la corteza; que si penetraran al corazón, los vieras más negros que etíopes y más llagados que las entrañas del otro Prometeo.”

Pudiera creerse, a juzgar por el título del trabajo que sigue al diálogo *Del aío*, y que reza así: *Termografía o escrito del agua caliente*, que Mudarra escribió un tratado de hidrología médica; pero es, en cierto modo, engañoso el título; porque si bien es verdad que en esta disertación se trata de las virtudes y provechos del agua caliente contra el prejuicio vulgar de muchas gentes del siglo XVII, que como dice muy bien el autor, fundaban su salud y *aun su honra en beber frío*, en realidad Mudarra se propone únicamente, al parecer, desplegar su erudición clásica recogiendo noticias, autoridades, indicios ocultos, frases recónditas y peregrinas alusiones que pueden aducirse en favor de su tesis. Es un ejemplo más de aquellos discursos o juégos de ingenio y erudición a que tan aficionados eran los humanistas. En Platón, Horacio, Marcial, Ateneo, Elpidiano, Plutarco, Galeno y en otros muchos autores, rebusca y encuentra las piezas raras con que construye su discurso. Perdida en esta sabia y frondosa selva, hay una sola noticia personal que conviene recoger. Asegura que *lavando con agua caliente los ojos enfermos de cualquier linaje de corrimiento, o metiéndolos en ella, contra la opinión del vulgo, que entonces usa más de agua fría, limpia los excrementos de ellos, discute sus tumores y gasta lo que está en ellos colorado y quita el dolor. Esto sé yo de experiencia y afirmo que ningún colirio hay más seguro cuando el corrimiento no es muy apretado*. No es extraño que ojos tan trabajados y que habían leído y releído tantos autores, adoleciesen de cuando en cuando. Después de terminada su disertación cayó en la cuenta de que había omitido dos autoridades muy importantes y las añade en un apéndice. Una de estas autoridades son aquellas palabras de Jesucristo, según San Mateo, capítulo X: *Et quicumque potum dederit uní ex minimis istis calicem aquae frigidae...* Interpretando con manifiesta violencia lo del *aquae frigidae*, supone Mudarra que añadió Jesucristo la palabra *fría*, en significación de que la bebida del agua caliente *no estaba en tan baja estimación, ni era tenida por tan poco regalo, que por sí mis-*

ma no fuese merecedora de alguna paga... Era la otra omisión una estrofa de Píndaro en *Nemeos*, oda 4, que traduce así:

Ni al cuerpo fatigado
así ablanda y regala el agua cálida,
como las alabanzas
acompañando a la sonora cítara.

La traducción de los *Tetrásticos* de San Gregorio Nacianceno es la única obra de don Pedro Mudarra de Avellaneda que nos consta estaba ya preparada para las prensas. Al frente de las anotaciones se disculpa ante el lector de haberlas hecho muy de corrida y con mucha falta de salud y de tiempo y de no haber puesto en esta labor más cuidado porque no imaginaba publicar lo que había ordenado, *por cuya causa no ha recibido la última lima ni ha sido revisto con suma diligencia ni castigado "ad unguem"*. La importunidad de quienes, rogándole, le mandan y *no es fingida esta excusa como la de otros prólogos*, añade, *me hace atropellar la reputación*. Desde su mocedad codiciaba apasionadamente, según nos dice, ver rica su lengua castellana con las joyas de las otras lenguas, y como aún no había hablado en ella San Gregorio Nacianceno, se decidió a traducir algunas de sus obras, eligiendo los *Tetrásticos*, antes que otros libros, por la dulzura del verso, la nobleza de la doctrina y porque, a pesar de la brevedad, *son la nata y flor de los otros tratados de San Gregorio, un epítome y una cifra de todo su espíritu, erudición y elegancia*. Cada tetrástico lo vierte en una octava estrofa, que él prefiere *por el ámbito y período de la composición, por la sonora consonancia de las rimas* y porque en este caso particular le sirve, teniendo cuatro versos más que el original, para explicar con perífrasis y rodeos el sentido de algunas voces y frases griegas, porque San Gregorio Nacianceno ama tanto la brevedad, el escogimiento, fuerza y sutileza de las voces, que resulta casi imposible traducirlo sin amplificaciones, esto sin contar con que *las cosas divinas en que el Santo gusta filosofar es muy difícil explicarlas con humanas palabras*. Con las opiniones de Cicerón, de Horacio y de San Jerónimo acerca del oficio de un buen traductor, y de lo que deben ser las versiones, sale al encuentro de los que acaso pudieran criticar la fidelidad de la suya. Antes de comenzarla escribe como introducción esta octava:

No los ciegos enigmas que el de Samos
 escribió de su gente en la memoria,
 ni el seco fruto de los siete ramos,
 de Grecia plantas, de su escuela gloria;
 mas divinos oráculos te damos,
 conceptos dignos de inmortal historia
 del que supo templar la Teología
 al dulce acorde són de la poesía.

Del acierto y gusto del traductor de estos oráculos de la vida honrada y cristiana, pueden dar cabal idea algunas de las cincuenta y nueve estrofas en que los vertió.

9.^a

Una centella mínima ocasiona
 a veces grande, irreparable llama,
 de la víbora el diente tanto encona,
 que mil veces la amarga muerte llama.

Huye, pues, y solícito abandona
 lo que ligera culpa el mundo llama;
 que si bien al nacer leve parece,
 creciendo contra el Cielo, al Cielo crece.

18

Huye el uso de líquidos olores,
 las pomas y los cueros adobados,
 los blandos tocamientos, los saoures
 dulces al paladar y desusados,
 porque no te afemenen sus amores.
 Vencido de éstos, ¿qué te habrá quedado
 de esfuerzo varonil? Unos placeres
 son de varones y otros de mujeres.

22

Viene el miedo, esperanza, gozo, pena,
 riquezas, mendiguez, infamia, glotia,
 destierro, cárcel, áspera cadena,
 muerte digna de trágica memoria?

Vengan y vayan muy enhorabuena
 de sus giros la rueda transitoria;
 que estos varios caducos accidentes
 no suben a los pechos eminentes.

Ya hemos leído las lamentaciones, al parecer sinceras, de Mudarra, por no haber tenido tiempo para dar la última mano a las notas de los *Tetrásticos*, que ocupan más de setenta folios y se desbordan por las márgenes. Claro es que en esto de escribir notas y comentarios, ayer como hoy, pero más ayer que hoy, no había más límite que la discreción del comentarista. Se com-

prende bien el trabajo que debía costarles a los discretos varones de copiosa lectura, dejarse en el tintero noticias y pasajes que a su entender hacían muy al caso; y que los menos discretos y no tan leídos, perdiendo la brújula de su oficio, se esforzasen en aparentar vastos conocimientos. Mudarra, que en los apéndices a sus *Cuadros poéticos* pecó, si acaso, de parco y comedido, tampoco en las anotaciones de los *Tetrásticos* pasa los límites de lo que debe ser un buen comentador, como si hubiese leído y aprovechado las normas que sobre la materia señaló con agudeza y no sin acritud, su contemporáneo el maestro Céspedes, yerno del Brocense, en su *Discurso de las letras humanas llamado el Humanista*. El primero y principal objeto de las anotaciones de Mudarra es justificar la traducción de algunas frases griegas y el empleo de ciertos giros modernos en ella, con las correspondientes e indispensables autoridades; se detiene también en alguna explicación de carácter histórico, y nunca descuida, al aducir ejemplos de poetas, el traducirlos en lengua castellana, bien ocasionalmente para este objeto, bien aprovechando traducciones antiguas suyas hechas para otro intento (1).

Como en los *Cuadros*, abundan aquí también las citas y ejemplos de escritores españoles. Jorge Manrique, el Marqués de Santillana, Gregorio Silvestre, Hernando del Pulgar, León Hebreo, don Jerónimo de Urrea, Guajardo Fajardo, Maldonado y Cano aparecen en varios lugares sin mención honorífica especial; pero a Torres Naharro, a Camoens y a Francisco de Aldana los encomia de paso muy expresivamente. A este último le llama varón de raro y elevado espíritu (2). No faltan tampoco citas de Platón y demás filósofos y poetas griegos, ni de Plinio y otros escritores de Roma y de algunos de sus eruditos comentadores. Los Padres de la Iglesia y los escritores sagrados le prestan abundantes notas; pero entre todos parece preferir a Clemente Alejandrino, a quien llama *mi regalo*.

Al margen de la octava 48, en la cual se trata de *que se debe huír de los malos y de sus dones*, escribió Mudarra: "Lee el

(1) En las Anotaciones a la octava número 32, por ejemplo, dice, refiriéndose a unos versos de Angelo Policiano en el *Rústico*: "Yo en otro tiempo traduxe así estos versos."

(2) De Torres Naharro dice: "A mi ver, no fué inerudito entre los poetas de nuestros agüelos", en un lugar; en otro le llama *noble ingenio español*.

Cuadro mío de la higuera y la ruda"... Esta alusión nos permite fechar las octavas de los *Tetrásticos* como posteriores a los *Cuadros*, o sea escritas después de 1608.

Los tres breves escritos de Mudarra que falta analizar tienen menos interés literario; pero están en ellos, en cambio, los únicos datos concretos de importancia sobre su persona y su vida.

Es el primero una epístola dirigida por Mudarra *al excelentísimo señor mío el Conde de San Esteban*. Comienza diciendo que desde que el señor Marqués, padre del Conde, le mandó que asistiese a su servicio sintió muy apretados deseos de que su discípulo sobresaliese por las galas del espíritu entre los príncipes de su edad, ya que en grandezas de estados, claridad de sangre y dones del ánimo y del cuerpo, se adelantaba a muchos. Cree Mudarra que el conocimiento de la lengua latina es nobilísimo, y ornamento muy necesario del príncipe, por las correspondencias extranjeras y por las embajadas que tenga que sostener y cumplir. Y así como los príncipes antiguos de Roma *que no fueron de todo punto bárbaros* se aplicaban al estudio y conocimiento de la lengua griega, después que la latina se extendió a todas las provincias del Imperio y nacieron los romances, no pocos reyes y príncipes, sin dejar el ejercicio de las armas, aprendieron el latín y otras disciplinas que en latín se enseñan. Pone como ejemplos a don Alfonso *el Sabio*, don Alfonso de Aragón *el Magnánimo*, el Príncipe de Viana, don Juan el segundo de Castilla, la reina Isabel la Católica (*que en un año se hizo capaz de entenderla y hablarla siendo ya mujer cuando comenzó*), su hija doña Catalina, mujer de Enrique VIII (*que escribió dos tratados en latín*), y su nieta doña María, que no le fué en esto inferior, teniendo para preceptor a Luis Vives, *varón doctísimo*, y por fin *la Majestad de la reina nuestra señora doña Margarita, que está en el cielo, la cual no sólo entendía esta lengua, sino que la hablaba*. Cita, además, al infante don Enrique, al rey don Juan, al rey don Manuel y al infante don Pedro de Portugal, traductor este último de varias obras considerables.

No podía suponer Mudarra que el doctísimo Marqués de Santillana ignorase la lengua latina, en la cual dice que era *incomparable*. El Conde de Haro, el ayudante don Fadrique, don Luis Silveira, privado de don Juan II de Portugal; el infante don Juan Manuel y don Enrique de Villena, *profun-*

dísimo en las ciencias matemáticas, completan la lista de doctos príncipes medievales conocedores del latín. “Si nos acercamos a nuestro tiempo —dice—, no podré referir los Príncipes que saben latín; los que no lo saben, sí, por ser éstos raros y aquéllos sin cuenta; aun entre gentes de más baja liga no se reputan por hombres los ignorantes de esta lengua”, y nombra entre los que *fueron* al Prior de Crato, que compuso en latín *siete devotísimos salmos penitenciales impresos en París* y yo los tengo, don Luis de Zúñiga y Requesens, el Marqués de Almazán, los Duques de Maquena y Feria, *antecesores del Marqués mi señor en el Gobierno de Sicilia*, y a don García de Figueroa. “Qué diré de los grandes señores que hoy viven?... Tenga el primer lugar el Marqués, mi señor, que en su niñez aprendió esta lengua excelente, siendo su maestro Simón Fernández; el Marqués de Moya, tío de V. E.”; don Fernando Pacheco, el Condestable de Castilla; los Duques del Infantado y Feria; los Condes de Lemos y de Salinas; don Cristóbal de Mora, don Juan de Idiáquez... Yo he visto algunas oraciones de Cicerón traducidas en castellano por el Marqués de Montes Claros con harta pureza y elegancia...; y don Martín de Alagón, hijo del Conde de Sástago, siendo de más de veinticinco años aprendió esta lengua.” Si no le convencen tan ilustres ejemplos le suplica se haga leer lo que sobre la educación de los príncipes han escrito Francisco Patricio, Juan de Mariana, el doctor Monzón y el padre de Jesús María y allí encontrará cuánto encarecen la necesidad de que los príncipes conozcan la lengua latina; aprenderá además en estas obras a estimar como conviene al príncipe leer toda clase de letras, cifras, abreviaturas, etc., y escribir con más destreza que hoy usan algunos señores, *haciendo bizarría de lo que ignoran*. Para demostrar que no han desdeñado emperadores y príncipes los primores caligráficos, se contenta con aducir el ejemplo de Vespasiano y Teodosio, *teniendo a los ojos el del rey don Felipe, en cuya letra resplandece mucha lindeza y majestad*.

Este noble señor, que andaba tan remiso en aplicarse a los estudios latinos, era el hijo del quinto Duque de Escalona, Marqués de Villena y Conde de San Esteban de Gormaz don Juan Fernández Pacheco y se llamaba don Felipe Juan Baltasar (1).

(1) Vid. Segunda parte del *Nobiliario genealógico de los Reyes y títulos de España...* Compuesto por Alonso López de Haro... Madrid, 1622, lib. IX, págs. 289-90. Don Juan falleció en Escalona, el año

No faltan alusiones en la carta para determinar con alguna exactitud el tiempo en que fué escrita. Vivía el rey don Felipe III, había muerto la reina doña Margarita, y el Duque de Escalonà, Marqués de Villena, estaba de virrey de Sicilia. Este es el dato más concreto. Desde que subió al trono Felipe III andaba el Marqués un tanto retirado de la Corte y por esto llamó la atención de los cortesanos el que en los últimos días de 1600, fuese a besar las manos de Su Majestad con gran acompañamiento y muy ricas libreas de pajes y lacayos. El Marqués iba a la Corte a pretender, como un catarribera vulgar. Había pasado un año apenas, después de su visita al Rey, y ya comenzaba a murmurarse del posible viaje del Marqués al Perú como Virrey, con espanto de los cortesanos *por no haber pasado allá nunca persona de tantas partes* (1). Atribuyólo entonces la malicia a estar este señor muy empeñado y *parecer que ha arrendado sus rentas en España; y teniendo allá cuarenta mil ducados de salario y veinte mil que le añaden, con otros aprovechamientos de consideración, podrá volver en seis o siete años muy sobrado...*; y *es de creer que por su parte se habrá procurado este cargo y que no se le han dado sin pedirlo...* No aceptó el Virreinato del Perú, bien porque pretendiera algunas comodidades de mucho aprovechamiento que no le concedieron, bien por la oposición de sus deudos; pero sin pasar un mes fué nombrado Embajador de Su Majestad en Roma, adonde llegó con su mujer doña Serafina y toda su casa a mediados de noviembre de 1603.

Ya en octubre de 1605 se habla en la Corte de que se provee al Marqués de Villena por Visorrey de Sicilia y a principios del año siguiente se confirma el nombramiento, aunque no pudo tomar posesión de su nuevo cargo hasta entrado septiembre.

En el verano de 1609 se murmura en la Corte de que al Duque de Osuna le dan el Virreinato de Sicilia al mismo tiempo que al Conde de Lemos el de Nápoles. El nombramiento del Duque de Osuna para Virrey de Sicilia no se publicó hasta

de 1615, y en el mismo año le sucedió en la Casa don Felipe Juan, que se casó después con doña Catalina de Zúñiga, hija del Duque de Peñaranda.

(1) Vid. *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*. Obra escrita por don Luis Cabrera de Córdoba. Madrid, 1857, págs. 59, 124, etc.

el 9 de enero de 1610. Entre estas dos fechas, 1606 y 1610, hay que suponer escrita, por tanto, esta carta de Mudarra a su noble discípulo, y, naturalmente, escrita en Sicilia, adonde el maestro o ayo iría formando parte de la familia y casa del Duque de Escalona.

A los Hermanos de la Tercera Orden de N. S. San Francisco de la villa de San Martín dirigió Mudarra una bellísima exhortación siendo ministro de la Orden en aquella villa. La exhortación trata de estos tres puntos: a qué venimos a esta santa orden, qué tales somos en ella, cuáles fueron los que en ella nos precedieron. Hoy que tanto se habla de franciscanismo, (no sé si practica tanto) tendrían muy devotos lectores estas páginas deliciosamente escritas y llenas de puro espíritu franciscano, sin adulteraciones literarias o estéticas: "A morir al mundo venimos y a morir en cruz, digo en dolores, aspereza y desnudez y a que el mundo muera en nosotros, esto es, a que nos sean a par de muerte sus gustos, sus honras y sus riquezas; esto es, ser soldado; esto es, venir a las espadas con el enemigo; esto es, en fin, despojallo y triunfar de él en el cielo."

El único trabajo de Mudarra que tiene fecha es el que nos falta examinar: el borrador, al parecer, de una carta escrita al padre fray Gregorio de Veydaçar y Peralta, monje Bernardo en San Martín de Valdeiglesias. La letra, trazada con mano temblorosa, revela que quien la escribió era ya de edad avanzada en 10 de enero de 1617.

Por el contenido de la carta sabemos que don Pedro Mudarra de Avellaneda era presidente en San Martín de Valdeiglesias de una Congregación dedicada a la apología y culto del misterio de la Concepción Inmaculada de María, tema vivo y palpitante en la piedad española de aquellos años.

Reduzcamos a un orden probable los pocos datos biográficos que quedan expuestos para bosquejar, siquiera sea en sus líneas más simples, la vida de este escritor. El *Don*, que nunca olvida de anteponer a su nombre y apellidos, nos revela la hidalguía de sus ascendientes. Sus profundos conocimientos humanísticos, de Filosofía y de Teología le denuncian como joven estudioso, estudiante sin duda en alguna Universidad, de la cual si sacó la ciencia no debió sacar títulos, quién sabe si por falta de medios para costear los grados. Es probable que fuese clérigo y de familia en algún modo dependiente de los Duques de Escalona, en cuya casa hubo de entrar en los últimos años de

la centuria décimosexta en calidad de ayo o preceptor. En casa de los Duques, seguramente, trabaría amistad y conocimiento con Rufo, hombre de placer en las mesas y tertulias de los nobles, y así, cuando dió a las prensas sus *Apotegmas*, el Jurado de Córdoba quiso autorizar su libro con los versos encomiásticos de aquel eruditísimo varón. Claro es que muchos más versos y prosas escribiría Mudarra, los cuales ni han llegado a nosotros ni debieron conocerlos en vida de su autor más que muy contadas personas; solo así se explica el silencio de sus contemporáneos. No citan a Mudarra, con toda seguridad porque no le conocían como poeta, ni Cervantes en el *Canto de Caliope* ni en el *Viaje del Parnaso*, ni Espinel en la *Casa de la Memoria*, ni Mesa y Cortés en la *España Restaurada*, ni Lope en ninguna de sus obras, siendo así que pusieron por las nubes tantísimos nombres oscuros, tras los cuales con grandísima dificultad podemos poner hoy el título de una obra o el epígrafe de unos versos.

Su estancia en Italia con el Marqués de Villena, desde el 1603 a 1610, le alejó del mundo de las letras, y en sus eruditos trabajos no se nota la influencia ni se leen los nombres de los poetas y escritores españoles que más brillaban en el primer tercio del siglo XVII.

A la vuelta a España, el Duque de Escalona, o después de la muerte de su padre, el Conde de San Esteban, heredero de los títulos y bienes de la casa, premiarían los buenos servicios del preceptor con alguna renta eclesiástica en San Martín de Valdeiglesias, villa en la que de antiguo tenía patrimonio la casa ducal.

Tal vez de esta misma villa descendiera el viejo maestro, el cual, después de haber contemplado de cerca las glorias y desgracias del mundo, quiso retirarse a su pueblo a practicar el bien y ejercitarse en la virtud, adoctrinando con su vida y escritos algunas congregaciones piadosas.

Dos resortes movían su pluma, dos ideales encendían su fantasía de poeta: la belleza contemplada a través de los autores clásicos griegos y latinos, que tan bien conocía, y la perfección evangélica. Compuso en sus años mozos, sin duda, el *Paulo convertido*, que guardaba secreto, escribió en Italia los *Cuadros poéticos*, género literario en el cual se compenetraban perfectamente sus dos ideales, convertidas las fábulas e invenciones del mundo clásico en saludables y cristianos consejos. Enamoróse

con fervido entusiasmo de las galas retóricas y de los divinos oráculos

del que supo templar la Teología
al dulce acorde són de la poesía;

y tal vez pensó, bueno y humilde, que bastaría a su ambición acertar a traducir los divinos *Tetrásticos* en dignas octavas, para ver cumplido su ideal literario. Y salió triunfante con su empresa. Conocida por sus señores iba a ser dada a luz, cuando la inopinada vuelta de Italia, por cesar el Duque en su Virreinato de Sicilia, demoraría, estorbándolo al fin, un proyecto que tanto le halagaba.

Retirado y tranquilo en su villa de San Martín de Valdeiglesias pasaría los últimos años, repartiendo las horas entre la piedad y el estudio. Un día cualquiera —después del 10 de enero de 1617— pudo abandonar su alma la mala compañía del cuerpo, y envuelta como en nube sutil con las oraciones de los hermanos franciscanos y de los congregantes de la Inmaculada, volaría a lo alto en brazos de la sana conciencia, el *Ayo de los saludables consejos y aun castigos*.

MIGUEL ARTIGAS.